

fraternidad, de «hábitos de esperanza» que tienen efectos sociales valiosos y hacen posible la fe en la justicia y el amor.

En definitiva, este libro recupera de una manera más divulgativa y didáctica ideas desarrolladas con anterioridad en otras obras importantes de la profesora de Chicago. No es el mejor ni el más profundo, pero se lee bien y contiene referencias y tesis interesantes. Además, resulta muy ameno gracias a los variados ejemplos sacados de la Antigüedad clásica que ella conoce tan bien, de la literatura, de la obra de pensadores como Aristóteles, Lucrecio, Rousseau o Kant, así como del día a día de su país, más asuntos relacionados con sus propias experiencias personales como miembro de lo que ella sabe muy bien es una élite privilegiada. Por último, aporta datos e ideas interesantes de otras disciplinas como el psicoanálisis, la neurociencia, la biología e incluso la pediatría, y está muy bien escrito.

La tesis de que las emociones de los individuos responden a las instituciones bajo las que viven, y que de alguna manera la salud psíquica de los ciudadanos depende también de su tipo de democracia, resulta muy sugerente. Sin embargo, muchas de las dudas y preguntas que suscita la lectura de este libro se quedan sin respuesta. En parte porque se estudia el miedo como emoción permanente y universal, pero sin perspectiva histórica. El mundo ha sufrido con anterioridad profundos y vertiginosos cambios económicos, sociales y políticos que han trastocado también la escala de valores morales tradicionales. ¿Qué es lo que ahora es diferente? ¿No será, quizás, que las expectativas que había generado la vida en una democracia próspera y desarrollada han hecho que soportemos peor el miedo consustancial a la vida humana? J. Shklar lo tenía más claro: «To be alive is to be afraid».

*Paloma de la Nuez*

Universidad Rey Juan Carlos

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA: *Itinerarios. Historiografía y posmodernidad*, Madrid, Postmetrópolis Editorial, 2019, 271 págs.

En los últimos años del siglo xx prosperó entre los historiadores —sobre todo en los influidos por la tradición escolar francesa— considerar que todo discurso histórico contendría ya un grado, siquiera mínimo, de competencia epistemológica: los escritos de Gérard Noiriel, tan apreciados en España, lo ejemplifican bien. Una supuesta competencia que sin embargo no se sabía —ni querría saberse seguramente— cómo se había adquirido y llegado a poseer, hallándose la historia tan alejada de la filosofía y siendo, en general, el

acercamiento de algunos de sus practicantes a las ciencias sociales puramente instrumental. Por lo demás, resultaría evidente que muchos de ellos habrían sido (y acaso siguen siendo aún) empecinadamente reacios a toda reflexión teórica y científico-social. Desde finales de los años setenta del siglo xx, ciertamente, en especial en medios anglosajones, la preocupación por la *pobreza del empirismo* (una tensión antigua si se quiere, pero minoritaria) amplió visiblemente su presencia en la profesión. Los más optimistas creyeron que se estaba cubriendo a toda prisa el déficit teórico..., hasta que llegó de repente el colapso de la confusamente denominada *vuelta del sujeto*. Un retorno equívoco y ambiguo, que se acompañó de *otra* supuesta vuelta, la del *relato*, y que, tanto aquí como allá, enmascaró las polémicas teóricas del fin de siglo tras el disfraz liviano de un admonitorio rechazo —con razones más o menos explícitas de orden político— ante la *peligrosísima* invasión posmoderna. La naturaleza moral de esos «peligros» quedaría, sin embargo, por definir, y desde luego también su vertiente epistemológica. Tal es el punto de partida que abre la discusión que Marisa González de Oleaga aborda con energía en este libro.

En *Itinerarios*, un texto felizmente valiente, y en nuestros contextos académicos inusual, la autora ha querido rescatar los debates de los años noventa y el comienzo del siglo xxi para exponer —en círculos concéntricos o con armazones dialécticos tangentes— su decidida posición proactiva, ante un colectivo profesional que insiste en presentar como escasamente receptivo al debate. En caso de haberse involucrado en la polémica, viene a decir González de Oleaga, quien en su día lo hiciera no sabría dejar de anteponer —admite que, quizá, inconscientemente— la imposición mediadora de su propia experiencia. Ello influiría decisivamente a la hora de esgrimir, ante la discrepancia interpretativa o la diversidad de posiciones, una postura acre y generalmente defensiva, contando con la complicidad del sostén académico y en ocasiones también mediático. La pregunta por la *utilidad* social de la historia, por sus *usos* derivados, de manera indirecta, del discurso académico hegemónico, se halla en la diana de la autora.

Comienza preguntándose si en 2019, dos décadas después del debate historiográfico que originó temores y reacciones en aquel tiempo de «adolescencia rebelde de la historiografía» (p. 6), tiene sentido publicar un libro que invite a repensar el asunto. Yo creo que la respuesta rotunda es que sí, precisamente porque —convengo con la autora— buena parte de lo que allí se debatió (quizá al igual que pasó con la prosa y Monsieur Jourdan...) ha calado de hecho en nuestras prácticas historiográficas, independientemente de que seamos o no conscientes de la transformación operativa y conceptual en curso. Aunque es en ese punto, el de mostrar efectivamente al lector la *libertad formal* de esas prácticas, en el que quedamos deseosos de un mayor tratamiento (bien

es verdad que ello requeriría otro tipo de ejercicio, que aquí empañaría posiblemente el hilo conductor de la argumentación).

Combinando una importante y bien meditada comprensión de las lecturas anglosajonas imprescindibles con un amplísimo uso de artículos de revista y monografías (*History and Theory* en lugar central, pero no único), circularán por estas páginas, hábilmente enlazados, nombres e ideas que en los contextos hispanos no siempre hemos llegado a utilizar con provecho. Nombres e ideas de muy distinta orientación: Stanley Fish, Marshall Sahlins, Gregory Bateson, Geoffrey R. Elton, Jean-François Lyotard, Alun Munslow, Gertrude Himmelfarb, Gabrielle M. Spiegel, Arthur Marwick, los dos Stone (Lawrence y Norman, tan diferentes en actitud, pero tan influyentes ambos), Christopher Norris, Bryan Palmer, Neville Kirk, Berel Lang, Nancy F. Partner, Terry Eagleton, David Löwenthal, Michael Walzer, Paul Ricoeur, Richard Rorty, Elizabeth Fox-Genovese, Joyce Appleby, Lynn Hunt, Patrick Joyce, Catriona Kelly, Wulf Kansteiner, Frank Ankersmit, Keith Jenkins, Dominick LaCapra, Allan Megill, David Harlan..., y desde luego Hayden White y Jürgen Habermas (quizá el más decisivo en que una parte de la comunidad historiográfica *batallara* contra el enemigo postestructuralista, no siempre posmarxista...). Con muchísimos autores más y un importante aparato crítico, la historiadora dibuja aquí un recorrido —o, mejor dicho, una especie de delta de caminos que fluyen y confluyen: *itinerarios* en plural, como indica certeramente el título—, por los cuales la historia (*discursiva* siempre, como diría Joyce) se nos ofrece hoy. Mediante su comprensión la autora nos propone ayudar a vencer eso que desde finales del siglo pasado ella observa, perspicaz, como un no controlado «malestar en la historiografía».

Su experiencia docente ha mantenido atenta a Marisa González a procurar el entendimiento de la historia con la filosofía y las ciencias sociales, como nos muestran páginas aquí incorporadas con algunos textos publicados y otros nuevos, expuestos en una prosa tan densa conceptualmente como a veces poética y metafórica. Su intención de «desestabilizar los límites entre filosofía e historia» (p. 17) revela la plausible ambición de un escrito excelente, un ejercicio óptimo de historia intelectual, que debería ser de obligada lectura para todo profesional de la historiografía, pero también —como ella misma quiere, y ojalá ese deseo no peque de optimismo— para estudiantes universitarios.

En uno de los capítulos, «Cruce de caminos», somete su texto principal a la mirada de otros colegas en un ensayo coral y reflexivo —a la vez que juego de espejos— que deja ver si cabe con mayor claridad en el texto principal la posición moral que inspira a todo aquel que emprende un ejercicio historiográfico, incluido el suyo propio. Pablo Sánchez León, una de las voces

invitadas, es quizá quien más explicita esa vertiente moral, ponderando de la autora el saber defender su posición «manteniendo la sangre fría» (p. 127) mientras arriesga. Por su parte, es fácil convenir con otro de los autores invitados, Miguel Martorell, que ha sido la *situación* posmoderna (inestable y abierta por demás en sí misma, recalcaría yo) la que abre a la autora la posibilidad «de ser libre al hablar del pasado», y por no obedecer, discutir y crear (p. 154).

En efecto, ¿quién puede ya ignorar, a estas alturas, que los autores posmodernos no niegan la existencia misma de la realidad, los *acontecimientos*, sino que lo que ponen de relieve es que las discusiones historiográficas versan sobre *interpretaciones* y no sobre hechos...? Y siendo así, interroga, «¿por qué incomoda tanto la pluralidad y la diversidad de experiencias humanas?» (p. 35), una pluralidad y una variedad que fundamentan aquella diversidad de interpretaciones existentes, acordes con las vidas y expectativas diferentes... Es decir: ¿por qué somos los propios historiadores tan escurridizos y reticentes, precisamente nosotros, a la *historicidad*...? Afrontando respuestas siempre fragmentarias, la historiadora despliega su personal itinerario, un *palimpsesto* marcado permanentemente por duda, pregunta y búsqueda. Una inmersión en el pasado —el propio y el *social*— que desvela la profunda preocupación existencial de la autora, una característica que reafirma y poetiza otro de sus libros recientes (2019): *Transterradas* —poética y política construcción coral—, añadiéndole complejidad experiencial a este que comentamos.

¿Quién podría objetar hoy ya, honestamente, que estamos obligados a «convivir con variadas versiones del pasado» y que debemos «aprender» a ello...? ¿Y quién se atrevería a discutirle a la autora que «este nuevo ejercicio implica un movimiento ético fundamental (y doloroso): desplazar la verdad del pasado (las cosas fueron así) a la responsabilidad de los sujetos en el presente (así las vemos y debemos responder por ello...)?» (p. 270). En los momentos en que escribo esto —la dolorosa primavera de 2020— un libro como este no debería entenderse nunca como un punto de llegada, sino al contrario, un valioso punto de partida, una herramienta útil para la imprescindible, y muy consciente acción, que nos implica y que, en adelante, nos obliga.

LaCapra habló de textos *con* los que es bueno pensar y otros, en cambio, *sobre* los que es bueno hacerlo. Este *Itinerarios. Historiografía y posmodernidad* de Marisa González de Oleaga cumple las dos funciones, por su carácter clarificador en cuanto a la dimensión performativa y perlocutoria —como en toda actividad que lo implique— del lenguaje en nuestro oficio. Un objeto que la autora explora con sus queridas metáforas instrumentales: la «estrategia del colibrí» o el «tábano» como herramienta crítica (por cierto, que metáfora

benjaminiana también...), una tarea que ya hicieron explícita sus esfuerzos teóricos primeros. «De lobos y de fauces», publicado en 1997 e incluido también aquí, proponía ya un «saber socialmente útil» que habilitara para «entrever alternativas futuras mediante la acción de los sujetos» (p. 174). A no olvidar.

*Elena Hernández Sandoica*

Universidad Complutense de Madrid

FRANCISCO JAVIER RAMÓN SOLANS: *Historia global de las religiones en el mundo contemporáneo*, Madrid, Alianza Editorial, 2019, 307 págs.

La religión no ha figurado entre los asuntos que hayan preocupado en exceso a los historiadores, al menos a los contemporanéistas. Su estudio ha quedado generalmente reservado a un grupo de especialistas, a menudo vinculados a instituciones confesionales, cuyas publicaciones y actividades no parecían decir demasiado al conjunto de la profesión historiográfica. Esta se solía contentar con la asunción, generalmente acrítica, del paradigma sociológico de la secularización, según el cual las relaciones entre modernidad y religión responderían a un juego de suma cero, en el cual a esta correspondería un rol menguante o, en todo caso, retardatario de aquella. Sin embargo, las más recientes investigaciones ofrecen un panorama mucho más complejo, en el que «la religión ya no aparece como un elemento inmóvil y anquilosado, sino como un objeto de estudio dinámico y [...] que desempeña un papel central en la explicación de los procesos sociales, políticos y culturales que han dado forma al mundo moderno» (p. 12) Aunque solo fuera por eso, la consideración del decurso histórico de la religión en época contemporánea debiera ocupar más páginas en los textos de historia general e interesar también más a quienes se dedican a la historia política, social o cultural.

El libro de Javier Ramón Solans, *Historia global de las religiones en el mundo contemporáneo*, del que procede la cita del párrafo anterior, ofrece buenos argumentos para suscitar tal interés. Su autor es un joven historiador, que ha demostrado su dominio del campo de la historia de la religión en su intersección con otros campos. En 2014 publicó *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea* y acaba de salir a la luz *Más allá de los Andes. Los orígenes ultramontanos de una Iglesia latinoamericana (1851-1910)*, por referir tan solo sus libros en solitario. Pertenece a una nueva generación para la cual la *normalización* del campo historiográfico de la historia religiosa, que demandaba hace años Feliciano Montero, se está convirtiendo en una realidad.